



La vida no es un argumento: las narrativas biográficas y el relato de formación en la investigación social

The life is not an argument: biographical narratives and report of formation social research

Jairo H. Gómez Esteban*

El llegar a ser lo que se es presupone el no barruntar ni de lejos lo que se es. Desde este punto de vista tienen su sentido y valor propios incluso los desaciertos de la vida, los momentáneos caminos secundarios y errados, los retrasos, las 'modestias', la seriedad dilapidada en tareas situadas más allá de la tarea. En todo esto puede expresarse una gran cordura, incluso la cordura más alta: cuando el nosce te ipsum (conócete a ti mismo) sería la receta para perecer, entonces el olvidarse, el malentenderse, el empequeñecerse, el estrecharse, el mediocrizarse se transforman en la razón misma.

F. Nietzsche
Ecce Homo

Fecha de recibido: 10 de mayo de 2013. Fecha de aprobación: 17 de julio de 2013.

RESUMEN

El presente artículo propone incorporar la ficción en la historia de vida, es decir, incita a explorar el modo subjuntivo en la pregunta "¿Qué le hubiera gustado ser y hacer?", y no solamente lo que efectivamente vivió o experimentó. El objetivo es otorgarle el mismo estatuto epistemológico a la ficción, a lo deseado, al "elemento añadido"¹ (Vargas Llosa), que a las experiencias y vivencias "reales", fácticas.

Palabras clave: historias de vida, ficción, metodología.

ABSTRACT

This paper proposes to incorporate the fiction in the history of life, in other terms, it incites the subjunctive mood in the question "What would you like to be and to do?" and not only that you live or experience now. The purpose is to confer the same epistemological status to fiction, at desired, at "added element", than "real" experiences, factual.

Keywords: life stories, fiction, methodology.

* Doctor en Educación. Mg. en Sociología de la Educación. Psicólogo. Profesor Titular de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, adscrito a la MISI en la línea de Identidades y Subjetividades. Autor de diversos libros y artículos sobre pedagogía, educación política, jóvenes y problemas metodológicos de la investigación social. Miembro del grupo "Vivencias". Correo: jairogo50@gmail.com

¹ Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras. Ensayos sobre literatura* (Barcelona: Seix Barral, 1990).

Introducción

Hoy en día, nadie medianamente familiarizado con las Ciencias Sociales desconoce la importancia que las narrativas biográficas (historias de vida, autobiografías, memorias) tienen para la investigación social. La idea de que solo estableciendo intersecciones y relaciones entre biografía e historia podemos realizar verdaderos análisis e interpretaciones sociales, está lo suficientemente acogida por los especialistas. Por esto, cada disciplina social ha desarrollado su propio arsenal teórico-metodológico para recoger, interpretar y utilizar las narrativas biográficas: desde la historia oral de los historiadores empleada para reconstruir existencias particulares y comprender así, de primera mano, el espíritu de una época; hasta las simbiosis e intertextualidades que los antropólogos reclaman entre investigador e informante; las anamnesis de los psicólogos o la imaginación sociológica de los sociólogos.

Sin embargo, desde hace unos veinte años, las historias de vida han comenzado a desbordar el cerrado espacio académico de las ciencias sociales para convertirse en un insumo imprescindible de la economía y la política mundial. Así, las historias de vida empezaron a necesitarse para todo: para la publicidad, para comunicarse en las redes sociales, para una buena película, para la televisión son su principal alimento, en las buenas novelas siempre hay buenas historias cruzadas, en los movimientos de la danza siempre se encuentra, travieso o adusto, un cuento, un mito, una leyenda; en una canción siempre hay un relato, en un poema, en la historia y en la política, en el periodismo y el psicoanálisis; pero, sobre todo, en el tumulto abigarrado de la vida cotidiana. Las narrativas biográficas asediaron los métodos de las Ciencias Sociales hasta traspasarlos y se transfiguraron en objeto y alimento de los campos que las han absorbido: la “masmediatización”, el *marketing* y el mercadeo, hasta el punto que, hoy, sin historias de vida, reales o ficticias, no podríamos soportar la vida.

No obstante, este artículo no trata sobre todos esos temas, su propósito es mucho más modesto, mucho más romántico: se concentra en establecer los vasos comunicantes entre los estudios literarios y las Ciencias Sociales. Las formas para expresarse, para contarse y retratarse en Facebook, en blogs, en YouTube, y todo lo que sigue de ahí en adelante, hacen parte del mismo problema, aunque deben ser abordados en sus propios espacios y con adecuados procedimientos. Aquí nos limitaremos a determinar los eventuales aportes que la teoría literaria le proporciona a la investigación social, concentrándonos fundamentalmente en los problemas metodológicos que tienen la ficción y los mundos posibles en la construcción de las historias de vida y los relatos de formación.

Cuando se recurre a la literatura para hacer más inteligibles las narrativas biográficas levantadas a través de las técnicas que ofrecen las Ciencias Sociales se abren novedosas y originales posibilidades a la exploración e indagación de experiencias y hechos sociales que antes no se habían contemplado. A pesar de que son muchos los llamados que se han hecho para que la investigación social retome con mayor profundidad y rigor los hallazgos y teorizaciones que desde la teoría literaria, el psicoanálisis y la hermenéutica se han propuesto (Arfuch, 2002; Barthes, 1987; Gómez, 2011), en el caso concreto de las narrativas biográficas o las historias de vida, los procedimientos y marcos interpretativos continúan inscribiéndose casi que exclusivamente dentro de los marcos y técnicas específicas que las Ciencias Sociales han desarrollado para este campo de la investigación social (Godard, 1996; Santamarina & Marinas, 1995; Jimeno, M. 2006; Bolívar, 2001).

En este sentido, es quizás el llamado relato de formación², el género literario –para algunos, subgénero– que menos ha sido tenido en cuenta como una eventual y potente herramienta metodológica para la investigación social. La narra-

2 También denominada novela de formación, la *bildungsroman* inaugurada por Goethe, o novela de educación por Bajtín, novela de aprendizaje por Dilthey o novela pedagógica por Larrosa.

ción de los primeros años de vida hasta el final de la adolescencia, de los años de aprendizaje y los viajes iniciáticos, de los ritos de paso y los avatares, y, sobre todo, de los acontecimientos, las rupturas, las vivencias y experiencias –categorías fundamentales en este tipo de investigación–, constituye una fuente primaria para la comprensión no solo de los modos de subjetivación de un individuo particular en su devenir vital, sino de las prácticas sociales de una sociedad, una nación y un mundo, en un momento histórico determinado. Por tanto, el texto que viene a continuación expondrá índices, analogías y paralelismos entre los preceptos y modelos de análisis que las Ciencias Sociales han desarrollado para interpretar las historias de vida con los planteamientos que los estudios literarios han propuesto para clasificar e interpretar la novela y, en particular, la novela de formación o de desarrollo³. Ante todo, lo que se busca es rehacer la realidad por el camino de la ficción, acceder al nivel del imaginario, del mito y el deseo que desde los modelos y las categorías teóricas a veces se nos niega tan tozudamente.

Las narrativas biográficas: entre la veracidad y la verosimilitud

Se debe preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble.

Aristóteles

Existe un relativo acuerdo entre los especialistas del tema, acerca de que el mayor problema de las narrativas biográficas –en las que caben las historias de vida, las autobiografías y las memorias– lo constituye el de si la narrativa biográfica cumple unos criterios mínimos de objetividad, generali-

zación y sistematización para que sea resguardado su estatuto científico y, por tanto, sea asumida como una herramienta válida de investigación social. En últimas, lo que más se teme, desde la perspectiva clásica de la ciencia con sus criterios tradicionales de objetividad y veracidad (sin contar con los de falsabilidad y representatividad), es que las narrativas no sean veraces y pertenezcan más a la ficción de sus agentes, o se subordine a los intereses del investigador y, en consecuencia, asuman sesgos y preconcepciones de éste que las despojan, otra vez, de su estatuto científico.⁴

La mejor manera de responder –y absolver– estas dudas sobre el estatuto científico de las narrativas biográficas es apelando a su propia historia, es decir, a los diferentes usos que las Ciencias Sociales le han dado –y le siguen dando– a las historias de vida y las autobiografías. En efecto, al revisar las tres etapas o posturas que ha tenido la autobiografía como género discursivo,⁵ es evidente su ambigüedad frente al manejo y uso del carácter referencial del lenguaje. Mientras que en la perspectiva del *bios*, influenciada por el positivismo, se supone que la función es contar la verdad y producir conocimiento en tanto el (la) autor(a) tiene autoridad porque vivió lo que narra y posee algo importante y singular que aportar a la historia, el único problema es si lo que se cuenta se ajusta objetivamente a la realidad, en otras palabras, si el lenguaje es lo suficientemente referencial.

Por el contrario, desde la perspectiva o la etapa del *autos*, la verdad de los hechos queda subordinada a los intereses y deseos del narrador(a), al concentrarse en lo privado y lo íntimo, en oposición al interés en la vida pública del testimonio; además el centro de atención se focaliza en la in-

3 Miajaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal* (México: Siglo XXI Editores, 1989).

4 En este sentido, habría que diferenciar entre la “verdad” a la que aspira el positivismo en su intención científicista, y la “verdad” a la que aspiran grandes cultivadores del género de memorias y autobiografías como Michel Leiris (2006), quien asume la autobiografía como un exponerse en forma “auténtica”, rechazando toda fabulación y preocupado solo por los hechos, de la misma forma que lo hace el torero frente al toro: jugándose la vida en cada palabra; o, Simone de Beauvoir (1989), para quien las nociones de privacidad e intimidad son reliquias burguesas y, por el contrario, la tarea del intelectual es sondear las profundidades de la experiencia, desacreditar mitos y comunicar las verdades en toda su crudeza. De igual forma, hay que subrayar que para los antropólogos, quienes son los que más han trabajado esta problemática en Ciencias Sociales, “es importante que el investigador no solamente presente la historia de vida de una persona tal y como le fue relatada, sino que también presente sus propias suposiciones que contribuyeron a la construcción final del texto” (Myriam Jimeno, Juan Gregorio Palechor: historia de vida 2006, p. 38).

5 Liliana Ramírez, “La autobiografía como des-figuración”, *Revista Texto y Contexto*, núm. 28 (1995): 234.

terioridad del sujeto. Georges Gusdorf (1987, citado por Ramírez L, 1995), fundador de esta postura, considera que el yo que recuerda el pasado no es el que lo vivió y, por tanto, el yo narrado es diferente al yo vivido. Esto queda claramente explicado e ilustrado en el célebre epígrafe que García Márquez le pusiera a sus *Memorias*: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

¿Se convierte la narrativa autobiográfica en género de ficción sin mayores diferencias con los géneros literarios? Sí, si nos atenemos a los grandes clásicos del género como el ya mencionado de García Márquez, la exquisita *Coto Vedado* de Juan Goytisolo, los tres tomos de Margarite Yourcenar, los cuatro tomos de Simone de Beauvoir, los tres tomos de Elías Canetti, y, en fin, la innúmera cantidad de novelas-memorias de tantos escritores. Sin embargo, varios autores han salido a rescatar a la autobiografía del peligro de que se desbarranque en el abismo de la ficción, al fin y al cabo, la historia de vida debería resolver la pregunta que se formula Arfuch⁶: “¿Cómo saber qué ‘yo’ es el que dice ‘yo’?”

Starobinski (1971, citado por Sotelo, 1995) intentó diferenciar la autobiografía como un género discursivo diferente a los géneros ficcionales, notificando unas condiciones mínimas: debe cubrir una secuencia extensa, las experiencias que se cuenten deben ser importantes (no especifica para quién), el yo debe ser digno de discurso y la narración sincera como corresponde a alguien que ha vivido algo importante para ser contado.

No obstante, lo más importante para él, es la indiferenciación que establece entre estilo y contenido: “el estilo es la garantía de la verdad interna del autor, debe mostrar que el camino al que se llegó sí termina ahí”.⁷

Philippe Lejeune, uno de los teóricos más conocidos en este tema, es quizás quien más se ha esforzado por establecer una definición y explicitar unos parámetros claros que permitan reconocer la autobiografía como género discursivo; estos postulados fueron expuestos en un célebre artículo, publicado en 1975: “El pacto autobiográfico”. Su preocupación principal estriba en la identidad del autor: ¿cómo diferenciar el narrador y el personaje en el texto? La respuesta es que la identidad se establece a partir de un pacto autobiográfico por medio del cual se explicita, a la manera de un contrato civil, la personalidad del autor o, lo que es lo mismo, la realidad extratextual del personaje.⁸

La tercera perspectiva o etapa, a pesar de su brevedad, le dio un vuelco a la teoría autobiográfica. Nos referimos al texto de Paul de Man (2007), *La autobiografía como des-figuración*. Según este autor, las funciones cognitiva y estética parecieran excluyentes en cuanto si se acepta que la autobiografía es verdad deja de ser literatura y, por el contrario, si se acepta que es literatura deja de ser verdad. De Man soluciona el dilema planteando, al decir que “es el proyecto autobiográfico el que determina la vida que se narra. Lo que el escritor hace está determinado por los recursos del medio con que lo hace”.⁹ Por tanto, es el estilo y la forma –y, si se quiere, el formato– los

6 Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (Buenos Aires: FCE, 2005): 45.

7 Sotelo, “El testimonio: una manera alternativa de narrar y hacer historia”, *Revista Texto y Contexto*, núm. 28 (1995): 197.

8 Esta pregunta es fundamental para mis propósitos, ya que parto del hecho, en oposición a Lejeune, de que no es posible una diferenciación entre autor, narrador y personaje, como una característica nuclear de la propuesta que aquí se presenta, la cual busca desdibujar las fronteras intersubjetivas entre investigador e informante, en tanto el autor-investigador también es un sujeto fragmentado y múltiple. El pacto autobiográfico y la identidad del nombre del autor, como lo demuestran los clásicos del género, no garantiza que se mezclen y entreveren los deseos y fantasías sobre lo que le hubiera gustado que ocurriera con lo que efectivamente ocurrió; y mucho menos, cuando, siendo escrita como novela, coincide el nombre del autor, el narrador y el personaje como es el caso de las novelas de Fernando Vallejo, el Marcel de *En busca del tiempo perdido*, el Paul Auster de sus propias novelas, el Sábato de *Sobre héroes y tumbas* y muchos otros casos más. Y si a esto le agregamos el hecho de que el relato de vida varía, tanto en su forma como en contenido, “según la cualidad social del mercado en que se produzca la oferta” (Bourdieu, 1997), el pacto autobiográfico queda subordinado ya no solo a las intenciones del autor, sino principalmente a las leyes del mercado, como lo demuestra la agobiante proliferación de autobiografías coyunturales con intereses exclusivamente económicos.

9 Liliana Ramírez, “La autobiografía como des-figuración”, *Revista Texto y Contexto*, núm. 28 (1995): 204

que determinarían la función de la autobiografía, la cual, en última instancia, sería establecida por el propio lector(a).¹⁰

Desde esta perspectiva, entonces, no habría que temer que el lenguaje literario desfigure y tergiverse los datos, en tanto representación añadida de la realidad, porque es el único que puede hacer visible e inteligible los secretos y fantasmas más oscuros y ocultos que habitan los sótanos de la subjetividad humana, e, invirtiendo la fórmula de De Man,¹¹ al desfigurar la realidad la figura, al recrearla la comprende, al reinventarla la transforma; al fin y al cabo, solo mediante la invención y la ficción podemos ver el otro lado de las cosas.

Es claro que esta tercera postura nos abre a un diálogo muy fecundo con la literatura y los estudios literarios. Tanto en las narrativas del pasado como en las del futuro, lo que paradójicamente le concede verosimilitud al relato es, precisamente, ese elemento ficcionalizante que corrige y atenúa, que teje y encadena, que disimula o exalta los pliegues más ocultos de la subjetividad. Es ese “elemento añadido” aquella dimensión ficcional que *cualquier* narrativa agrega “al mundo, a la vida, algo que antes no existía, que sólo a partir de ella [la ficción] y gracias a ella formará parte de la inconmensurable realidad”.¹² La ficción, sea como manifestación íntima o colectiva, sea como reductor de angustia o promotor de catástrofes, es inseparable de los imaginarios dominantes y las prácticas interpretativas de una comunidad. Por esto asumimos y afirmamos que la ficción tiene el mismo estatuto epistemológico en las histo-

rias de vida que las acciones y experiencias efectivamente vividas, que poseen su mismo nivel de agenciamiento y potencialidad,¹³ por cuanto se mueven en el orden del deseo y la imaginación (la loca de la casa) y sus móviles pueden ser tan o más fuertes que las motivaciones primarias o secundarias. Al fin y al cabo, el pensamiento narrativo está dirigido hacia el mundo, su modo es subjuntivo y no se ocupa de cómo son las cosas, sino de cómo podrían ser o haber sido.¹⁴ Lo importante es lo que está “delante de mí”, lo que me permite orientar y dirigir mi acción; y en esta elección y en esta apuesta, emergen y se juxtaponen intencionalidades, deseos, creencias, prácticas atávicas, significados vernáculos que se proyectan y se materializan en una narrativa que siempre habla de lo que está más allá, en lo que el yo cree, o presiente, o intuye adónde debe ir; y esta necesidad, estas fantasías y estos deseos son imprescindibles en cualquier historia de vida.

Modelos y problemas metodológicos

Dado que uno de los principales objetivos que la investigación social hace de las historias de vida es el de poder compararlas (excepto cuando se trabaja con una sola historia, lo cual presenta muchos problemas no solamente por su reducida significatividad sino porque, debido a su singularidad, no podría relacionarse con las estructuras sociales que constituyen la otra cara de la moneda), es necesario que haya unos modelos que posibiliten establecer dichas comparaciones para realizar los análisis correspondientes, teniendo en cuenta, eso sí, que ninguna narrativa biográfi-

10 Esta posición de De Man coincide y refuerza mi idea acerca de sí, en el informe final o conclusiones de una investigación social, actuamos y hablamos como personajes, quedaremos en el mismo orden para la lectura del interpretante; y, por tanto, la investigación social queda presentada como personajes en busca de lector(a), quien, en última instancia, como en el caso de la autobiografía, sería quien determinaría la función cognitiva-veritativa o estética-ficcional del relato; o, por qué no, la validación de las dos.

11 Para De Man, el lenguaje crea la ilusión de referencialidad, y en su intención de figurar el objeto, lo hace es con su representación, y, por tanto, al figurarlo lo desfigura.

12 Mario Vargas, *La verdad de las mentiras. Ensayos sobre literatura* (Barcelona: Seix Barral, 1990): 114.

13 Entiendo aquí el concepto de potencia en el sentido que le da Spinoza, esto es, como conatus, como lo que da “la fuerza de existir” y se mueve desde un máximo que son las pasiones alegres hasta un mínimo que es la muerte. La disminución de la potencia provoca odio y tristeza y da lugar “al hombre del resentimiento”.

14 En un texto poco conocido, Bruner reniega de su famosa separación entre pensamiento paradigmático y narrativo y destaca este carácter subjuntivo y prospectivo de la narrativa, y por tanto, la inseparabilidad de los dos paradigmas: “Hoy considero que mi entusiasta persuasión juvenil de que existían dos mundos mentales traducibles uno al otro, el paradigmático y el narrativo, era profundamente errada. Si, existe un pensamiento paradigmático que se ocupa de verificar las proposiciones bien formuladas acerca de cómo son las cosas... El modo paradigmático es esencial, es indicativo: hay un elemento x que tiene la propiedad y por lo cual su órbita tiene la propiedad z. La narrativa es normativa, su modo es subjuntivo” (*La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida* 2003, p. 140).

ca puede analizarse a partir de un solo modelo. De esta forma, se distinguen tres tipos de modelos.¹⁵

El *modelo arqueológico* parte del presupuesto de que toda explicación se centra en la búsqueda de un punto de origen fundador, un evento *absolutamente* determinante, un hecho que permita entender el resto de la vida del individuo (por ejemplo, la clase social de los padres determinaría la profesión u oficio, los intereses, las vocaciones y muchas orientaciones más del sujeto). Ahora bien, independientemente de todas las limitaciones y críticas que pueda tener este modelo –una regresión infinita que siempre estaría buscando un punto inicial que sea más explicativo que el siguiente–, resulta sorprendente la semejanza tanto con la que Bajtín clasificó como *novela de pruebas* en la cual “el mundo no es capaz de hacer cambiar al héroe, solamente lo pone a prueba [...] El problema de interacción entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y el mundo, no se planteó en esta novela”,¹⁶ como con el determinismo psíquico del psicoanálisis freudiano que se adentra en la búsqueda del acontecimiento nodal que produjo el trauma y su consecuente psicopatología. Y es que el problema de la asimilación del tiempo y sus diversas formas de secuenciarlo, constituye, sin lugar a dudas, uno de los problemas metodológicos y técnicos más complicados de la investigación biográfica narrativa para lo cual los estudios literarios pueden ofrecer algunas contribuciones que serán expuestas más adelante.

El *modelo procesual*, que trata de entender cómo se van encadenando los diversos acontecimientos, experiencias y vivencias a lo largo de la vida, asume de frente el problema de la temporalidad en el cual el orden de sucesión o la cronología de los acontecimientos tienen un efecto sobre las experiencias y significaciones ulteriores. Por lo tanto, es importante saber el orden en que sucedieron las cosas: si tuvo hijos antes de

graduarse o de haberse casado, cuáles fueron sus primeros trabajos y la relación con el oficio o la profesión actual, etc. Una variante de este modelo es lo que Godard denomina como *esquemas bifurcativos*, en los cuales se tienen en cuenta las alternancias entre los momentos o periodos de crisis, de bifurcaciones y de secuencias estables. “La idea es estructurar la existencia de los individuos como una sucesión de períodos de bifurcación (que pueden ser o no de crisis) y secuencias estables interperíodo”.¹⁷

Al igual que el modelo anterior, este también tiene sus equivalentes en un género de novela que Bajtín (1996) denomina “novela de desarrollo” y cuyas transformaciones se presentan ya sea mostrando todos los cambios *internos* esenciales que se van dando con la sucesión de las edades, bien sea entendiendo la vida como escuela y experiencia que todo ser humano debe pasar sacando lecciones y aprendizajes (*Emilio* de Rousseau y *Wilhem Meister* de Goethe); o como forjación y creación de su propio destino (*David Copperfield* de Dickens y sus contrapartes modernos: *El guardián en el centeno* de Salinger o *El retrato del artista adolescente* de Joyce); o, finalmente, como una relación indisoluble con el devenir histórico, es decir, la novela que articula las transformaciones del personaje con el tiempo histórico real (*La ciudad y los perros* de Vargas Llosa; *El tambor de hojalata* de Günter Grass). Muchos de los elementos de este último tipo de la novela de desarrollo ya empiezan a verse en el tercer modelo.

El *modelo estructural* se caracteriza principalmente porque, a diferencia de los anteriores que están centrados en los procesos internos y subjetivos de los individuos, en los devenires y las transformaciones de la vida interior se ubican en las temporalidades exógenas, en las estructuras sociales y formas de organización social que preexisten a cualquier existencia y, en gran medida, las determina. En este sentido, se dife-

15 Francis Godard, “El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales”, en *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*, 23-32.

16 Majaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal* (México: Siglo XXI Editores, 1989): 206.

17 Francis Godard, “El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales”, en *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*, 27.

rencia entre estructuras y formas sociales de organización muy coercitivas y prefiguradoras (por ejemplo, los años escolares deben corresponder con ciertas edades, el ingreso al mercado laboral y, en fin, casi que todos los ritos de paso) con otras más flexibles y permisivas, las cuales son básicamente culturales.

Uno de los aspectos más destacables de este modelo lo constituye la importancia que le atribuye al papel que desempeñan las temporalidades en las historias de vida.¹⁸ En efecto, su diferenciación entre el *efecto de edad* (que implica progresión, maduración, sedimentación), el *efecto de generación* (los cambios de comportamiento y de concepciones obedecen más a la pertenencia a una generación y no a la edad), y el *efecto de periodo* (en un momento determinado, se cierra un ciclo de una sociedad: el periodo de *La Violencia* liberal-conservadora, la caída del muro de Berlín, el fin de una guerra que produce un efecto masivo sin importar la edad o la generación), permite realizar análisis en función de las temporalidades sociales destacando las rupturas, los acontecimientos y las experiencias como eventos que introducen la discontinuidad en la continuidad. Desde esta perspectiva, las *rupturas* se pueden entender de dos formas: la primera considera que los cambios demasiado ostensibles se producen en un momento determinado, son sincrónicas —es decir, se producen aquí y ahora— y abarcan todos los campos de la vida del individuo; la segunda considera que las prácticas sociales siempre están en desfase, asediadas por sus propias crisis y, por tanto, cada práctica tiene su propia trayectoria vital. De esta forma, las rupturas serían más diacrónicas, o, como diría Braudel, serían expresión de un cambio de larga duración.

La *experiencia*, por su parte, puede ser entendida en una primera instancia como “el modo como uno va respondiendo a lo que le va pasan-

do a lo largo de la vida y el que va conformando lo que uno es”.¹⁹ De esta forma, la experiencia, toda experiencia, es necesariamente contingente, abierta e impredecible, pero, sobre todo, irreversible. Gadamer lo explica claramente cuando afirma que

[...] la verdadera experiencia es aquella en la que el hombre se hace consciente de su finitud. En ella encuentran su límite el poder hacer y la autoconciencia de una razón planificadora. Es entonces cuando se desvela como una pura ficción la idea de que se puede dar marcha atrás del todo, de que siempre hay tiempo para todo y de que de un modo u otro todo acaba retornando. El que está y actúa en la historia hace constantemente la experiencia de que nada retorna.²⁰

A pesar de la contundencia de estos argumentos sobre el papel de la experiencia en la configuración de la subjetividad, con la ciencia moderna, la experiencia se convirtió en experimento, en la base de la predicción y el control de la verdad demostrable y nomotética. Se hace necesario, por tanto, replantear (y recuperar) una idea de experiencia que refleje y revele las diversas formas en que nos hemos hecho más humanos y nos abra las puertas a una interpretación narrativa de nosotros mismos.

Como ya dijimos en otra parte, la mejor manera de entender la experiencia de cualquier persona es que nos la cuente. Solo mediante un relato la experiencia adquiere unidad de sentido para sí mismo y para quien la escucha; el yo del narrador se construye y deconstruye en la urgencia de darle una unidad a la trama; la subjetividad se despliega y se contrae, rememora y se proyecta en la temporalidad de la historia. Pero la autocomprensión narrativa no se produce por el solo hecho de contar la historia, es en las coalescencias con otras historias, que no son otra cosa que la propia cultura, donde organizamos

18 Francis Godard, “El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales”, en *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*.

19 Jorge Larrosa, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación* (México: FCE): 34.

20 Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I* (Madrid: Sígueme, 1999): 433.

nuestra propia experiencia y, en consecuencia, deconstruimos y resignificamos nuestras propias formas de subjetivación. Hay que decir entonces, que esas coalescencias de nuestras narrativas con otras narrativas, no son otra cosa que la expresión de una forma de intertextualidad propia de cualquier cultura, es decir, que “el modo como nos comprendemos es análogo al modo como construimos textos sobre nosotros mismos; y cómo son esos textos depende de su relación con otros textos y de los dispositivos sociales en los que se realiza la producción y la interpretación de los textos de identidad”.²¹ Las historias mediante las cuales deviene nuestra subjetividad no son, pues, totalmente propias; también son historias contadas por otros, compartidas por otros, demasiadas son las voces que ocupan los ámbitos más recónditos de nuestras vidas y nuestra memoria; y permanentemente nos interpelan, nos juzgan, nos conciernen, “nuestra historia es siempre una historia polifónica”, nos dice Larrosa para indicarnos que podemos aprender a componer nuestra experiencia, a modificarla, a reinterpretarla.²²

Al igual que la experiencia, el *acontecimiento* es una categoría fundamental no solo del modelo estructural, sino también de cualquier tipo de interpretación de una historia de vida. Sus formas de conceptualización van desde entenderlo como un analizador de la sociedad (que hace hablar a la sociedad y hace revelar su dimensión oculta), o como un accidente o catástrofe; sin embargo, intereses inmediatos o lejanos de algunas fuerzas sociales no permiten darle el (o los) sentido(s) que les corresponden;²³ también como variaciones perceptibles de un entorno que no han sido previstas, pasando por lo que Morin propone a considerar que:

[...] los sistemas sociales, al menos los sistemas sociales complejos, serían generadores de acontecimientos, y los procesos autogenerativos estarían a mitad de camino entre el desarrollo embriogenéti-

co (donde las catástrofes son provocadas y controladas, es decir programadas) y los desarrollos accidentales abandonados a los encuentros aleatorios entre sistemas y acontecimientos.

El acontecimiento constituye un hito y un hiato en las narrativas biográficas. Su naturaleza intempestiva hace que la experiencia se fracture y se abra a eso nuevo que está acaeciendo. El acontecimiento rompe e irrumpe en la narrativa de un individuo en la medida que se convierte en experiencia de sentido, en eventos singulares que fisuran y alteran el devenir del sujeto, generando nuevos significantes y representaciones del mundo y la vida social.²⁴ Desde la perspectiva de Deleuze (1995), el acontecimiento abre las posibilidades a nuevas mutaciones y, por tanto, afianza el desplazamiento crítico y creativo. Es en el acontecimiento que percibimos que el tiempo es multidimensional en la medida en que supone la apertura a un pensamiento más autorreflexivo, a una experiencia del tiempo diferente a la dominante. A este respecto dice Deleuze:

Subjetivación, acontecimiento o cerebro, creo que se trata casi de lo mismo. Lo que más falta nos hace es creer en el mundo, así como suscitar acontecimientos, aunque sean mínimos, que escapen al control, hacer nacer nuevos espacio-tiempos, aunque su superficie o su volumen sean reducidos [...] Necesitamos al mismo tiempo creación y pueblo.²⁵

La importancia de los orígenes: el relato de formación

Mientras que desde el punto de vista de los estudios literarios, la novela de formación es considerada como un subgénero de la novela que se clasifica en otros subgéneros, según el tipo de héroe y el movimiento literario en que se inscriba la novela;²⁶ desde el punto de vista de la investigación

21 Jorge Larrosa, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación* (México: FCE, 2007): 610.

22 Jairo Gómez Esteban, “Del hecho al dicho hay un poético trecho. Prolegómenos para una investigación social literaria”, en *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, vol. 4: 7 (2011): 87-103.

23 Kais Marzouk, *Acontecimiento* (Marruecos: Universidad de Fez, 2008), [en línea], recuperado de <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/A/accontecimiento>, consultado el 20 enero de 2013.

24 Fernando Bárcena, *Hannah Arendt: una filosofía de la natalidad* (Barcelona: Herder, 2006).

25 Gilles Deleuze, *Conversaciones* (Valencia: Editorial Pre-Textos, 1995): 276.

26 Selen Arango, “La novela de formación y sus relaciones con la pedagogía y los estudios literarios”, en *Folios*, núm. 30 (2009): 139-146.

social y educativa, el relato de formación constituye una estrategia metodológica no solo para determinar los acontecimientos, las concepciones y las formas de apropiación de una ideología o unos preceptos políticos, sino también –y esto es quizás más importante desde el punto de vista social– las utopías sociales, las apuestas colectivas, las emociones y los sentimientos morales que subyacen y sustentan cualquier posicionamiento político frente a la sociedad.²⁷

El relato de formación es considerado como la narrativa por excelencia de los años de aprendizaje, de los viajes iniciáticos y de la formación de la subjetividad. Aunque tiene sólidos y quizás mejores antecedentes literarios –como *Tristram Shandy* de Lawrence Sterne o *Tom Jones* de Henry Fielding– el relato o novela de formación (el *Bildungsroman*, concepto nuclear en el humanismo alemán) alcanza su máxima expresión en *Wilhelm Meister* de Goethe. La moraleja de la novela de Goethe es que, a pesar de los desvíos, errores y desventuras, el personaje alcanza su meta –ahora diríamos, realiza su proyecto de vida– impulsado por una suerte de espíritu superior, en cuyo seno, la voluntad y la autoconciencia son sus principales motores.

Los relatos de formación posteriores a Goethe se distancian abiertamente de esta perspectiva edificante y, en el fondo, profundamente moralizante. Aunque *el David Copperfield* de Dickens o *La educación sentimental* de Flaubert quieren alejarse de esa visión ejemplarizante y autodirigida de Goethe, asignándole más espacio al azar y a la imprevisibilidad, es hasta el siglo XX con las novelas ya citadas de Joyce y Salinger, que el relato de formación va a mostrar ese abismo entre el yo y el mundo tan propio de los(as) jóvenes.

Los personajes de estas novelas se ven inmersos en un mundo ajeno a ellos, sin posibilidades de afir-

mación y sin necesidad de proyección. En el relato de formación contemporáneo, por ejemplo, en *Los detectives salvajes* de Bolaño, los personajes viven el presente furiosamente, sin importar si lo están haciendo bien o mal, el valor y el sentido de su propia existencia quedan subordinados a la experiencia inmediata, a los acontecimientos por venir, a las vivencias sentidas. El mundo, con todas sus instituciones y sus normatividades, se convierte en un obstáculo a superar, en un desafío a vencer, en un precepto que hay que transgredir. En el relato de formación actual lo primero que se aprende es que ya no existe un proyecto de vida ni una sola forma de autorrealización, sino, por el contrario, los años de aprendizaje son inciertos y heteróclitos; el impulso se ha extraviado en múltiples objetos, se ha vuelto plural y no regulado, los modelos normativos han desaparecido –son repudiados–, y las ideas prescriptivas expulsadas de la libertad de vivir. La formación (el *Bildung* equivalente a la *paideia*, pero también, a todas las clases de filias que tenemos los humanos) se entiende hoy en día, o, al menos, la entienden la mayoría de jóvenes, como un devenir plural y creativo, sin proyectos predeterminados ni preestablecidos, abierta a todas las formas de expresión estética que, como tales, son en sí mismas políticas. El relato de formación desde el punto de vista social y educativo, implica entonces, el problema de la formación de subjetividades.²⁸

En este sentido, el devenir de un individuo, ese “llegar a ser el que se es” del que habla Nietzsche, se puede entender básicamente como un viaje, como una travesía en que, mediante diversas modos de subjetivación, vamos autodescubriendo nuestras potencias y falencias, nuestra singularidad y sociabilidad; es un itinerario hacia uno mismo en el que las posibilidades de inventarse a sí mismo se expresa en cada narrativa que vivenciamos o fantaseamos porque lo que importa es lo que hay más allá, lo que está por conquistar, por materializar, por reinventar, tal y como lo hacen

27 Jairo Gómez Esteban, “Del hecho al dicho hay un poético trecho. Prolegómenos para una investigación social literaria”, en *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, Vol. 4: 7 (2011): 87-103.3.

28 Esteban Gómez, “De cómo abordar la subjetividad”, en *Desafíos en estudios sociales e interdisciplinariedad*, XX: 120.

los artistas y los científicos, o cualquier persona empeñada en realizar sus sueños. Indagar sobre la formación de la subjetividad conlleva, entonces, situarse más en el horizonte de lo posible que de lo necesario y lo real, sin preocuparse tanto a dónde se va sino por los avatares de los acontecimientos y las experiencias y formas como el narrador las interpreta y las dota de sentido, que casi siempre va a ser irónico y distanciado, como si el niño o el adolescente que aún habita al narrador no fuera el héroe de su propia historia.

Retrotraerse en el tiempo mediante el relato de formación posibilita, además, recrear el pasado, actualizarlo y ponerlo de cara al presente y definir, o al menos proyectar con cierta certidumbre, un futuro más acorde con nuestra singularidad. De esta forma, el relato de formación permite no solo identificar y recuperar los mundos posibles que siguen orbitando sobre el incesante devenir de nuestras vidas, sino que, sin proponérselo, cumple una función catártica –y en muchos casos terapéutica– para el narrador que, por fin, empieza a entender cómo y por qué está siendo el que es.

Conclusiones

Establecer vasos comunicantes entre los estudios literarios y la investigación social para el caso concreto de las historias de vida y los relatos de formación, nos puede proporcionar las siguientes ventajas y enriquecimientos:

- a. Admitir la ficción y el horizonte de lo posible en las historias de vida e inducir a que se hable en modo subjuntivo y se dé rienda suelta a lo que le hubiera gustado hacer y ser, es decir, a los modos de subjetivación posibles y deseados, implica utilizar, por un lado, todos los procedimientos y técnicas narrativas que la literatura ofrece (monólogo interior, diálogos, intertextualidades, manejos temporales y espaciales y, en general, cualquier tipo de arquitectura narrativa con la que el (la) investigador(a) quiera construir su relato); y, por otro lado, otorgarle el mismo estatuto epistemológico a la invención de mundos verbales, a la ficción de realidades alternas, al

“elemento añadido”, en fin, a la fabulación de posibles que siempre estarán en el imaginario individual y colectivo y que, en gran medida, pueden ser más determinantes para los agenciamientos y acciones de los informantes que las propias experiencias, rupturas y acontecimientos vividos.

- b. Asumir como categorías metodológicas y unidades de análisis las rupturas, las experiencias y los acontecimientos en los devenires subjetivos de los informantes nos ayuda a entender los límites, las potencias y las proyecciones que se nos han presentado a lo largo de los diversos modos de existencia con los que hemos asumido la vida.
- c. Los modelos de análisis de las historias de vida no son puros: en todos nosotros hay acontecimientos fundacionales, hay procesos y transformaciones tanto diacrónicas como sincrónicas y, sobre todo, los determinantes exógenos son *estructurales* en la configuración de nuestros modos de subjetivación, exactamente como lo muestran las novelas de Balzac, Kafka o Kundera.
- d. Los relatos de formación posibilitan develar los orígenes de las trayectorias vitales que nos han llevado a ser lo que somos; pero, sobre todo, a entender ese devenir incierto de autoconfiguración constante y constitución discontinua de nuestra singularidad; porque, como dice Saramago en su relato de formación titulado con toda justeza y sobriedad *Las pequeñas memorias*: “No se sabe todo, nunca se sabrá todo, pero hay horas en que somos capaces de creer que sí, tal vez porque en ese momento nada más nos podría caber en el alma, en la conciencia, en la mente, comoquiera que se llame eso que nos va haciendo más o menos humanos”.

Bibliografía

- Arango, Selen. “La novela de formación y sus relaciones con la pedagogía y los estudios literarios”. *Folios*, núm. 30 (2009): 139-146.

- Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. (Buenos Aires: FCE, 2005).
- Bajtín, Mijaíl. *Estética de la creación verbal*. (México: Siglo XXI Editores, 1989).
- Bárceña, Fernando. *Hannah Arendt: una filosofía de la natalidad*. (Barcelona: Herder, 2006).
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje*. (Barcelona: Paidós, 1987).
- Beauvoir, Simone de. *Memorias de una joven formal*. (Barcelona: Edhasa, 1986).
- Bolívar, A.; Domingo J. y Fernández, M. *La investigación biográfico-narrativa en educación*. (Madrid: La Muralla, 2001).
- Bourdieu, Pierre. “La ilusión biográfica”. *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. (Barcelona: Anagrama, 1997).
- Bruner, Jerome. *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. (Buenos Aires: FCE, 2003).
- De Man, Paul. “La autobiografía como desfiguración”. *La retórica del romanticismo*. (Madrid: Akal, 2007).
- Deleuze, Gilles. *Conversaciones*. (Valencia: Editorial Pre-Textos, 1995).
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método I*. (Madrid: Sígueme, 1999).
- Godard, Francis. “El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales”. *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*. (Bogotá, D.C.: Universidad Externado de Colombia, 1996).
- Gómez, Esteban. “De cómo abordar la subjetividad”. En: Piedrahita, C. et al. *Desafíos en estudios sociales e Interdisciplinariedad*. (Bogotá, D.C.: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2010).
- Gómez, Esteban. “Del hecho al dicho hay un poético trecho. Prolegómenos para una investigación social literaria”. *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, vol. 4: 7, (2011): 87-103.
- Jimeno, Myriam. *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*. (Bogotá, D.C.: Universidad Nacional de Colombia. ICANH. Universidad del Cauca. CRIC, 2006).
- Marzouk, Kais. *Acontecimiento*. (Marruecos: Universidad de Fez, 2008), [en línea], recuperado de <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/A/acontecimiento> [consultado el 20 de noviembre de 2013].
- Larrosa, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. (México: FCE, 2007).
- Leiris, Michel. *Edad de hombre. La literatura considerada como una tauromaquia*. (Pamplona: Laetoli, 2006).
- Ramírez, Liliana. “La autobiografía como desfiguración”. *Revista Texto y Contexto*, núm. 28 (1995).
- Santamarina, Cristina y Marinas, José. “Historias de vida e historia oral”. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Delgado y Gutiérrez (Comps). (Madrid: Síntesis, 1995).
- Sotelo, Clara. (1995) “El testimonio: una manera alternativa de narrar y hacer historia”, *Revista Texto y Contexto*, núm. 28 (1995).
- Vargas, Mario. *La verdad de las mentiras. Ensayos sobre literatura*. (Barcelona: Seix Barral, 1990).